

Acaso por extraña simpatía
Solos y amantes sin pensar nos vimos;
Era la vez primera... ¡y parecía
Que ya en otra ocasión nos despedimos!

La reja es el altar; altar desierto
Donde oficia el amor; faro escondido
Que allá en la noche le señala el puerto
Al desgraciado corazón herido.

Fuente del bien y de misterios cuna,
Eden feliz de los que amantes lloran,
Donde al tranquilo rayo de la luna
Se embelesan las almas que se adoran.
¡Qué vale el rico alcázar altanero
A quien en ondas trémulas perfuma
El oriental dorado pebetero;
Ni las estufas de magnolias llenas,
Ni la gruta que perlas atesora,
Ni el castillo que guarda en sus almenas
El regio lujo de la estancia mora!
¡Qué valen ni el alcázar perfumado,
Ni mármoles, ni el oro que refleja,
Junto al puerto envidiado
De un corazón que gime aprisionado
Bajo el cancel de la morisca reja!

¡Cuántas noches en ella, amada mía,
Nos sorprendió con claridad curiosa
La ausente luz del día!

Cuando escuchas palabras lisonjeras,
Cuando el rumor de trémulos suspiros
Recoges en tus verdes primaveras;
Cuando llegan á tí voces extrañas,
Palpitaciones mudas,
Miradas indecisas,
Lágrimas y sonrisas,
Del rubor encendida por el rayo
Con sublime tristeza,
Abatida por lánguido desmayo,
Triste reclinas la gentil cabeza.

Orló el cielo tu frente
Con las tintas del sol de la mañana;
La luz del alba amaneció en tus ojos
Y se escondieron en tus labios rojos
Sabrosas mieles y color de grana.
Dió á tu sien de la virgen la guirnalda,
A tu boca el clavel de la pradera;
Ondulación bellísima á tu falda
Y derramó por tu tendida espalda
El raudal de tu oscura cabellera;
Como del cisne el nítido plumaje,
Que á la orilla del lago se abrillanta,
Así tu pecho cual gentil paisaje
Blanco se esconde entre el bordado encaje
Del suave tul que ciñe tu garganta.
También te envuelve, como á flor del valle
La palmera gallarda,
El rojo chal que desde el hombro al talle

Cual purpúreo dosel tus formas guarda.

.....
.....

Si eres sol de mi ardiente fantasía,
De mis medrosas noches el lucero,
Mi bien, mi amor, mi orgullo y mi poesía,
¡Ay, la vida es muy corta, *Fuente mia*,
Para quererte como yo te quiero!

Madrid, 1873.

LA HAMACA.

Yo, que á las aves en su rumbo sigo
Del ronco mar al límite lejano;
Yo, que en mi eterna soledad bendigo
La pompa del verjel americano,
No del alcázar las marmóreas puertas
Soñó mi fantasía,
Ni están jamas para mi canto abiertas;
Algo de mi risueña Andalucía
Me recuerda aquel mundo peregrino,
Que, feraz en sus vírgenes llanuras,
Brotó evocado de las aguas puras
Al bravo esfuerzo del audaz marino.

En mi insomnio febril; en este lento
Cansancio de la vida,
En que las horas fatigadas siento
Rodar como un lamento
Que exhala al paso la ilusion perdida;
En la eterna ansiedad que me devora,
En este afan de refrescar mi frente
En un aura de amor consoladora,

Se trasporta mi mente á la distante
Magnífica ribera,
Y acaso envidia en éxtasis amante
Una hamaca flotante
Mecida al pié de la gentil palmera.

¡ Oh, qué sueños de amor realizaria
En perezoso y lánguido desmayo
Mi ardiente fantasía!
Aves de mil colores,
Como de Abril la matizada alfombra,
Tal vez me revelasen sus dolores;
Tal vez vinieran á contarme amores
Y con sus alas á prestarme sombra.
Yo, en el bajel del viento,
Por el indio bordado
Del fértil Yucatan, allí olvidado,
Con muelle y perezoso movimiento,
Viera á traves de las doradas mallas
De mi ondulante trono,
La línea azul de las distantes playas.
Y aquel libre abandono
Con que las olas en tropel se estrellan,
Se cruzan, se dividen,
En confusion gigante se atropellan,
Y de lo inmenso los espacios miden.

¡ Ah, los que al són de bárbara tormenta
Entre el vapor de fatigada bruma,

Bogais á impulso de la mar violenta
En pobre esquife que en su marcha lenta
Arrastra el viento como débil pluma;
Los que en la nave que sin rumbo avanza,
Viendo sin luz el horizonte triste,
Flotais entre el abismo y la esperanza
Que á la implacable muerte se resiste;
Los que en largos caminos,
Como esa nave que abandona el puerto,
Atravesais, eternos peregrinos,
La soledad terrible del desierto;
Caravanas partidas,
Roncas locomotoras,
En su propia grandeza defendidas;
Más rápidas á veces que las horas
Allá en las noches del amor corridas;

.....
.....
Vuestros locos empeños
Acaso el hombre encontrará pequeños
Desde el mar de su inquieta fantasía;
¡ Envidiad al viajero de los sueños,
Que á la indolente hamaca se confía!

Madrid, 1873.

LA NIEBLA.

Á MI MEJOR AMIGO GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

ODA.

Brillaba el sol en medio del espacio
Cual corona de oro
Que puso Dios en su inmortal palacio:
Ni una nube empañaba
Con su cendal ligero y transparente
El rayo que purísimo brotaba
De los dorados rizos de su frente.
La sonrisa de Dios aparecía
En el astro gentil de la mañana
Que alegre anuncia el suspirado día.
Mas de pronto las nubes
Sus velos extendieron
Por la region azul de los querubés;
Lágrimas tristes en la flor vertieron,
Y de sus negros mantos comprimidos,
Extendiendo las olas enlutadas
Por la bóveda inmensa,
Formaron agrupadas
El negro velo de la niebla densa.

— 207 —

¿Por qué me ocultas ya, manto sombrío,
Del cielo los purísimos colores,
Y del sol el brillante poderío?
¿Por qué cierras el cáliz de las flores?
¿Por qué envuelves en lúgubre misterio
Cumbres, valles, praderas y montañas,
Que son ya dilatado cementerio?

¿Es que el monstruo feroz de la tormenta,
Rodando por los ámbitos del cielo,
El humo de sus llamas encendidas
Lo arroja y lo dilata por el suelo?
¿Es que Satan con su furor inmundo
Quiere ocultar á nuestros pobres ojos,
Desde la cárcel mísera del mundo,
La luz del cielo que le causa enojos?
¿Es que llora la tierra
Entre el crespon de la neblina oscura,
Recordando quizá que cuanto encierra
Será mañana horrible sepultura?

¡Dime, niebla sombría,
Dime qué anuncia el fúnebre sudario
Que en noche opaca nos convierte el día!
La tarde adelantada
Parece que del sol ha recogido
La moribunda y trémula mirada.
Tal como en pecho que la fe no escuda,
Al grito abrumador de la conciencia
Se levanta el fantasma de la duda,
Así se esparce el nebuloso velo

En el inmenso espacio que separa
Á la tierra del cielo!
; Así arrastran tristísimos los vientos
Ese mundo de sombras amarrado,
Cual mancha de los crímenes sangrientos
Que en hondas luchas abortó el pecado!

Bien vengas si al cubrir nuestros hogares
Te apareces ufana,
Como la blanca bruma de los mares
Ó la niebla feliz de la mañana.
; Bien vengas si al tender por el vacío
Sus pálidos vapores,
Enamoradas perlas de rocío
Derramas sobre el cáliz de las flores!
; Bien vengas si extendiéndote indecisa
Por los pliegues del viento,
Cuando el sol aparezca.... su sonrisa
Te borra en el azul del firmamento!
; Mas huye presurosa,
Huye, neblina, con tu velo inmundo,
Si vienes á caer como una losa
Sobre el cadáver mísero del mundo!

Madrid, 1873.

TU TRAJE AZUL.

Ni el velo blanco, bruma de gasa,
Que en su cabeza flotó gentil,
Ondulando del viento que pasa
Al beso sutil;
Ni cintas bellas, ni lazos sueltos,
Entre los pliegues de airoso chal,
A ella unidos cual lirios esbeltos
Encarcelados en un fanal;
Ni las tempranas flores sencillas
Del traje blanco que en su ilusión
En el templo estrenó de rodillas
Cuando tomaba la comunión;
Ni la flotante falda ligera
Que encajes bordan de leve tul,
Rivalizan ni pueden siquiera
Copiar ese prisma que imita á la esfera
Y ostenta sólo su traje azul!

; Ay, déjame soñar, hermosa mía!
Cuando con tan celeste vestidura
Te contempla mi ardiente fantasía,

A mis ojos se aumenta tu hermosura
Como se aumenta con la luz del día!
Ya se finge mi mente soñadora
La onda azul de los mares;
Ya ese vapor que el aura voladora
Eleva desde el fondo de los lagos;
Ya esos matices vagos
De un sol que se adormece en lontananza;
Ya una bruma que al fin se desvanece,
Ya una nube que avanza
Y trémula otra vez desaparece;
Ya un paisaje de raso, ya el portento
En que envuelves tus gracias y sonrojos;
Ya una mitad del mismo firmamento
Que alumbran las estrellas de tus ojos.

Lo azul es lo impalpable, lo vago y misterioso;
El prisma con que el cielo su túnica vistió;
Es el matiz diáfano del mar tumultuoso,
La veste que en sus vírgenes Murillo idealizó.

Es el color del lirio que el búcaro perfuma,
Es la azulada ráfaga de incienso virginal,
De quejumbrosa tórtola la trasparente pluma,
Y el fondo que se esconde del lago en el cristal.

La banda que en el iris más fúlgida destella,
La vena azul que esmalta sublime palidez,
Y el sello que en los ojos de cándida doncella
Revela de su pecho la tierna candidez.

Por eso de tu imágen hasta la sombra sigo,
Por eso me enamora tu trasparente tul;
Por eso te amo tanto, por eso á Dios bendigo,
Que te formó tan pura como tu traje azul.

Madrid, 1873.